

efectividad de este tipo de presión en la implementación de la reforma agraria, sea que esta presión provenga de campesinos sin tierras o de propietarios que temen la expropiación. En algunos casos la presión ha sido tal que la administración debió anular decisiones previas; Harding sugiere que a pesar de que la reforma agraria es para beneficiar al sector rural, podría suceder que sus mecanismos permitieran simplemente continuar el proceso de financiación de la industria por el excedente extraído del sector agrícola, lo que significa que el campo continuaría proveyendo de capitales para la inversión urbana en industria y servicios. El pago de la deuda agrícola asumida durante el proceso de reforma agraria y la inversión en compensación de los terratenientes expropiados representa, afirma Harding, un tenue encubrimiento de una sorprendente transferencia masiva del sector agrícola/rural al sector industrial/urbano.

Otro punto relevante en el trabajo de Roberts, concierne al crecimiento y cambio en los pueblos y ciudades de provincia, remarcando las relaciones urbano/rurales y el crecimiento urbano, tópico que ha sido lamentablemente descuidado por los científicos sociales. Roberts analiza históricamente la composición social de la elite de Huancayo y los elementos de divergencia y convergencia de los intereses de ciudad/campo. Huancayo, antes de la entrada del ferrocarril, tuvo ya un fuerte carácter comercial. Comerciantes nacionales y extranjeros eran los principales tributarios. Terratenientes y comerciantes fueron generalmente miembros de una misma familia, estableciendo lazos estrechos con las comunidades circundantes, que de una próspera agricultura. Teniendo en cuenta este dato y las consideraciones de Fisher y Miller sobre minería y ferrocarriles respectivamente, el ritmo del cambio rural desde el siglo XIX ciertamente llama a un replanteamiento del estático cuadro que se presenta de la economía serrana antes de la llegada del ferrocarril.

Tener una imagen estructurada de la totalidad peruana basada en la investigación regional es la pretensión de los autores de los trabajos presentados. Sin duda refuerzan la necesidad de obtener el conocimiento adecuado de las condiciones regionales y su contribución es un gran aporte en estos términos, además de un estímulo a continuar investigando en el esclarecimiento de la historia social y económica del Perú.

Carmen Checa

SNELL, John L. y Hans A. Schmitt: *The Democratic Movement in Germany, 1789-1914*, The University of North Carolina Press, 1976.

Sobre Alemania se ha escrito una serie de estudios históricos, mas aún

pensando que ella es la cuna del historicismo en el siglo XIX. Ya desde ese mismo siglo existía la preocupación por reflexionar sobre la lucha por la democracia en ese país; los trabajos de Engels, fundamentalmente su “Introducción de 1895” a *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* de Karl Marx, lo comprueban. Snell y Schmitt, hoy día, intentan hacernos llegar una nueva reflexión, mas que todo, un largo recuento histórico, sobre el tema.

Sin embargo John Snell, antiguo “University Distinguished Professor” en Carolina del Norte, no pudo concluir el trabajo sobre el movimiento democrático en Alemania en el siglo XIX, pues lo sorprendió la muerte en 1972 a la edad de 48 años. Ya desde el verano de 1958 había anunciado a Hans Schmitt la preocupación por realizar una investigación que demostrara que “el movimiento por la democracia en Alemania no faltó antes de 1914 porque era inexistente o débil, sino porque estaba en oposición de grupos sociales e instituciones que le tendían una poderosa trinchera política”. “Al menos esa era mi tesis”, decía Snell. Su trabajo de años, su constante preocupación por la historia política alemana no podía quedar inconclusa. Sus anteriores publicaciones, desde 1959, “The Nazi Revolution: Germany’s Guilt or Germany’s Fate?” o “Wartime Origins of the East-West Dilemma over Germany” por ejemplo, no podían dejar de estar acompañadas de la obra que histórica y predecesoramente explicara la disyuntiva que para él se le presentaba a Alemania en tanto poder ser una república democrática, a la manera liberal, o una dictadura, sea ésta conservadora, monárquica o nazista según el momento histórico al cual correspondiese.

Hans Schmitt asumió esta tarea inconclusa y completó su ordenamiento y redacción, fundamentalmente para los materiales de los cuatro últimos capítulos, tratando de formular los aportes y puntos de vista que Snell tenía sobre el tema. De igual forma Schmitt cierra el análisis en 1914, sin añadir por su parte ninguna conclusión, ni epílogo, a un proceso que indudablemente no tuvo su fin en ese año, con el advenimiento de la Primera Guerra Mundial, sino en 1918 con la instauración de la República de Weimar. La inquietud de Snell, por lo tanto, se mantuvo en los términos de su propia delimitación.

Conocidos estos atenuantes la obra no deja de ser, en muchos pasajes, una historia “de los personajes”, una historia política que no llega a desentrañar el hilo director de los acontecimientos, de su implicación sustantiva en tanto alumbramiento del derrotero de los destinos estructurales de un país o de una sociedad, en tanto conformación de la “historia total” como la entendían Febvre o Vilar. La política se reduce a la superficie de la sociedad, a los hechos ocurridos en su epidermis, a los personajes que aparecen haciéndola; no así a los mecanismos de fondo, de articulación, que nos permiten entenderla como un espacio social con una unidad de sentido, bloque en el poder lo llamaría

Gramsci. De esta manera, en muchas partes la historia no aparece. Nos limitamos a seguir biografías de personajes públicos que realmente juegan un papel en la historia alemana, pero que no traducen todo lo potencialmente significativo que esconden, al no ser ubicados en su contexto histórico-social. Estilo de análisis muy diferente al que otro autor, como Barrington Moore Jr., realizaba, en su *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, partiendo de preocupaciones semejantes. Así, aparecen en escena personajes como el Barón Karl von Stein o Wilhelm von Humboldt, protagonistas de los primeros intentos de reforma de la monarquía en 1808, además de Kant, Hegel, Görres, Matternich, Börne, Bauer, Marx, Hansemann, von Mohl, Riesser, Hecker y Struve, artífices e impulsores de las distintas situaciones políticas que confluyeron en 1848-9, como también Bismarck, Bebel, Bernstein, Ligien, Liebknecht, Bülow, Bethmann-Hollweg, Weber, Naumann, personajes de la unificación alemana y de los intentos democráticos en los finales del siglo XIX y comienzos del XX, por nombrar algunos. En el texto la lucha por la democracia se reduce al discurso de lo que hacen, dicen, piensan y plantean como ideales estos personajes, y no a los cambios en la estructura económica y social, ni a la modificación en las relaciones sociales de los hombres en todos los planos y niveles de la realidad. De esta manera, los antecedentes de los acontecimientos de 1848 pueden ser explicados por el encuentro de líderes radicales y/o reformistas en Baden o Heppenheim y no por hechos más recurrentes en las bases sociales alemanas o europeas. De igual manera no se hace un análisis serio del por qué de la resistencia del régimen a asumir la democracia, reduciéndose su interpretación a la presencia en él de monarquistas, “notables” o tradicionalistas, lo cual no constituiría una profundización explicativa del problema, sino más bien su constatación descriptiva. La historia se reduce entonces a ser sólo el avance de ideas en la búsqueda de su predominio conceptual, de su hegemonía espiritual; y la lucha por la democracia, la lucha por ideales o por principios, y no también la lucha de las masas por modificar la estructura feudal, regional, local y material de Alemania.

Ciertamente no se discute que sea un trabajo bien documentado y lleno de información sobre historia política, que reseña paulatinamente las acciones, reuniones y hechos de los personajes de la época, intentando llevar al lector a la comprensión del movimiento por la democracia en la Alemania del siglo XIX, movimiento que Snell admite con flujos y reflujos. Desde la propagación de la revolución francesa en 1789, Alemania se estremece con cada remezón que sufre Europa frente a los intentos de la “bourgeoisie” por consolidar su poder, como diría Hobsbawm.

1830, Alemania sufrió el ímpetu de los liberales reformistas que trataron

de implementar los modelos extranjeros de gobierno político, ya sean franceses o norteamericanos. El encuentro de pequeños granjeros, estudiantes, periodistas, abogados o doctores en el Festival de Hambach, “the Six Acts” asumida por la Dieta de Frankfurt en 1832, el sostenimiento de los banquetes frente a la prohibición de los partidos políticos, eran una muestra de la “agitación doméstica” en esos momentos. Lo prueba además, la preparación de los futuros líderes de la revolución de 1848 y el alto número de emigrantes obligados, que serán a su vez los activistas de las futuras conmociones políticas.

1848 sorprenderá a la división entre demócratas y liberales, a la presencia de los radicales hegelianos en actividades de cuestionamiento político, a la existencia de congregaciones libres. 1848 sorprenderá también con la renuncia de Metternich y el término de su predominio político, con las revueltas violentas en Baden, con la revolución de marzo y abril que destinará al poder a los liberales que, traicionando sus figurados ideales, se aliaron con los burócratas conservadores, preparando la frustración de la unidad democrática, y la contrarrevolución instrumentada por Federico Guillermo IV, el cual no cayó en 1848. Las últimas explosiones de Frankfurt y Baden no trajeron como consecuencia nada más que el ensañamiento con sus líderes, el aumento del número de los exilados, el recorte mayor de las libertades, la reacción y una nueva crisis del aristocratismo gubernamental.

Prusia y Austria capitanearon la contrarrevolución; sin embargo ésta se enfrentó con la aparición de nuevos escritores, el crecimiento de la industria, que indudablemente Snell no lo define en su sentido político, la creación de la Nationalverein (Sociedad Nacional) en 1859, que intentaba “crear un partido nacional alemán invitando a los patriotas de todas las facciones desde el norte al sur de Alemania”, el “Progressive Party” que apareció por los años 60, y después de la crisis de 1862, con las nuevas circunstancias que crearon el ascenso de Bismarck al poder.

Este realizó la ansiada unidad alemana, sin embargo dictó las leyes anti-socialistas. Durante “the Bismarck’s era” creció el prestigio de los partidos liberales, los demócratas ganaron sitios en la Cámara de Diputados, nucleó adeptos el Centro Católico, pero también despuntaron los socialdemócratas como los abanderados de la lucha por las libertades democráticas ligada a su preocupación social, Bismarck, sin embargo, hegemonizó a todas las tendencias. Rastreamos en este acápite la historia de partidos y organizaciones sin hacerse mención ni a las masas, ni a las clases sociales. Se hablará de revueltas sin que aparezcan en su realización ningún conjunto de hombres, ninguna expresión social de clases. Así igual será el análisis del crecimiento de la Socialdemocracia donde Snell y Schmitt desarrollan a-científicamente sus prejuicios demócratas.

A semejanza la concepción marxista de “la victoria del proletariado” a la idea del “día del Juicio Final”, hablando del “mito de la clase revolucionaria” sin ningún tipo de sustentación científica. Es más, su crítica de la teoría marxista podría ser seriamente discutida desde que la única fuente primaria consultada es el trabajo de Engels *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, y sin embargo esto es considerado suficiente para emitir una serie de juicios sobre sus planteamientos que lindan con la valoración histórica antes que con su comprensión, para recordar la célebre disyuntiva de Bloch. Toda la información empleada sobre Marx y Engels proviene de fuentes indirectas, o de terceras personas, sin recoger sus trabajos originales siquiera como un testimonio de época, sin embargo los autores citan frases de ambos y disciernen que las posteriores tendencias al interior de la Socialdemocracia (“el revisionismo” de Bernstein, “el centro” de Kautsky y “el ala izquierda” de Rosa Luxemburg o Karl Liebknecht) continúan o no la concepción marxista de la política y de la historia.

Vendrá después el análisis de la “Wilhelmian era”, de la disolución de la presión de los liberales y demócratas por las reformas, partidos que se mantendrán fuertes mientras apoyen al régimen, y que se dividirán en una serie de fracciones en cuanto cuestionen aspectos de él. De ahí Snell dirá que la evaporación del poder de lucha democrática en los liberales y demócratas se deberá a su excesivo fraccionamiento, asumiendo el Partido Progresista o Progresivo y la Socialdemocracia estas tareas: la lucha por el sufragio universal, secreto y directo, la lucha por los derechos igualitarios de la mujer al voto, a las oportunidades de empleo, al salario, por los derechos igualitarios de las minorías étnicas, polacos, lituanos, daneses, alsacianos, por los derechos igualitarios de las minorías religiosas, de los judíos por ejemplo, etc. Esto enmarcado dentro del nuevo juego político del Kaiser, de su “chairman”, primero Bülow después Bethmann-Hollweg, y de los partidos conservadores y centristas católicos que se desarrollará en el Reichstag o, muchas veces, en las cámaras regionales, hasta el advenimiento de la Primera Guerra Mundial.

José Deustua C.